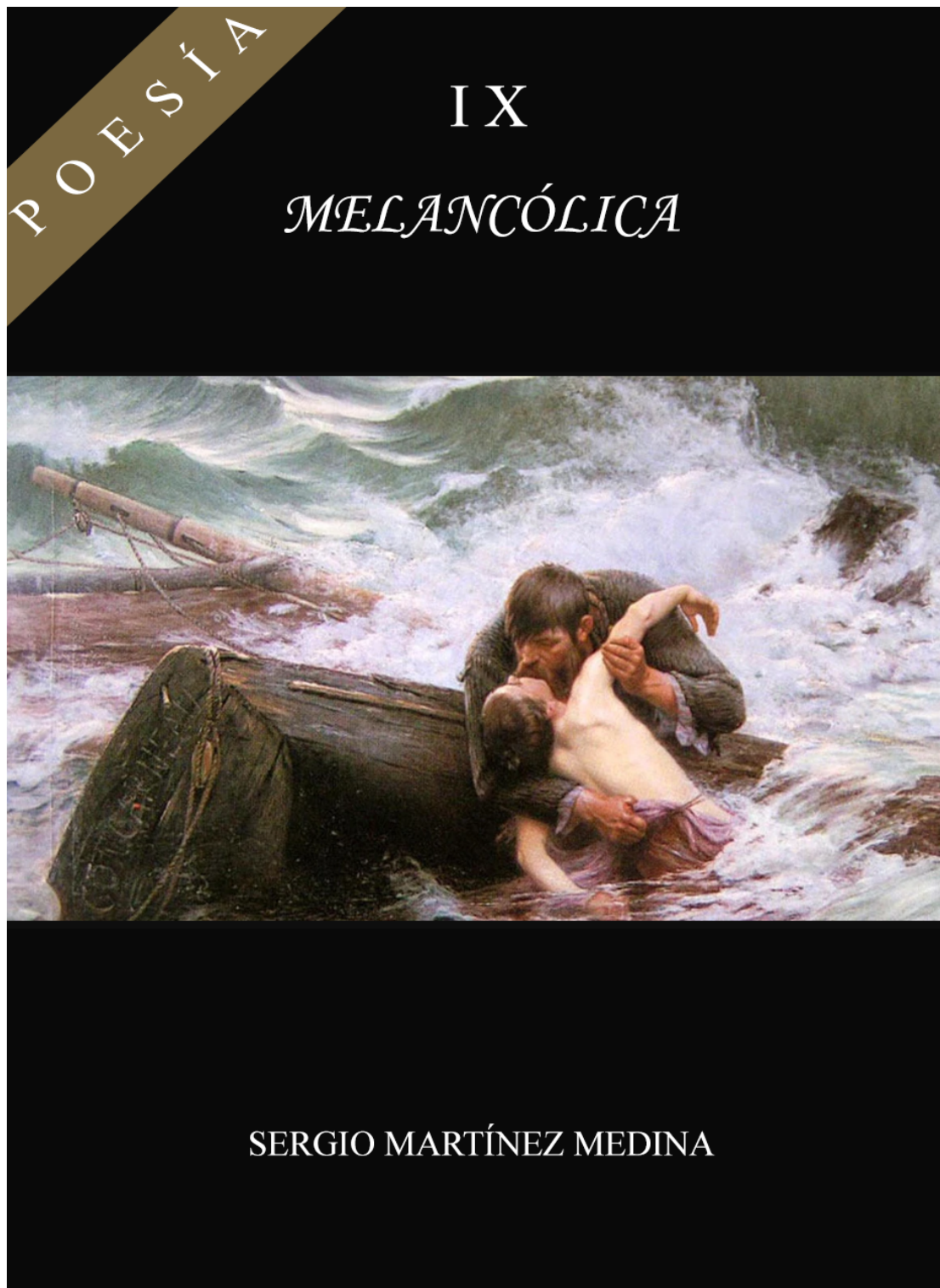


Poesía - IX Melancólica - Silva

Sergio Martínez Medina



Capítulo 1

IX Melancólica

Hecho Argos de mi mal, con tristes ojos
huir te veo, y véote perdida.

Don Luis Carrillo

Hoy me pides, amor, que esté tranquilo,
que mire al mundo con mis ojos nuevos,
con mis ojos sin anclas;
hoy me pides, amor, que no te llore
sabiendo que yo sé que ya te has ido;
y es que a veces olvido
que no es de sorprender que cambie el gusto
siendo que el mar también muda la arena;
que la paz de la mente
no es la paz de las manos;
que hay días que soy triste y que me duele;
esos días que son ser vivo a medias,
de ser el hombre al que enseñaste a amarte
y no un mar desolado o una llaga

cuyas aguas nos muerden,
en cada beso dado, los recuerdos;
nos muerden los abismos
que se abren paso al tramontar los días.

Estoy de pie, llorando ante el Leteo.
Sus aguas me acarician las dos piernas;
me van cubriendo el alma que está en ruinas
y es ahora que entiendo
que su cauce es el llanto de mil hombres.

La arena del Leteo es sal de llanto.

No sé si hay noche aquí, mas debe serlo;
debe serlo en el cauce
donde juegan mis dedos,
donde muerden los peces la memoria.
Sólo puedo escuchar correr al agua;
un agua que supongo muy oscura;
un agua que consume y le da sombras
a los nervios dolidos de los cielos.

Quise llamarte describiendo el cielo,
las lenguas de las aguas,
los rostros de los fuegos menos fieros.

Quise hallarte en los nombres de los pájaros,
en sus plumas bonitas,
en su vuelo y su canto de tu nombre.

Quise arrancarle el nombre a nuestra muerte
y vivir junto a ti, vivir dichoso;
quise escribirte y compartir tu gozo
y vibrar y reírme en cada verte.

Quise quedarme y compartir tu suerte
y cada año duro o trabajoso;
mirar contigo el mundo en su reposo;
en tus ojos fundar mi casa y fuerte.

Contra todos los males fuiste templo
y bálsamo y paz en toda guerra;
en toda paz, amor, fuiste mi gloria.

En tus manos me diste amor y ejemplo;
en tu cuerpo y abrazo diste tierra;
en tu voz encontré vida y memoria.

Mas uno no sospecha fe contraria;
que el mar cambie su curso
cuando siente hormiguesear un barco encima.

Y es que nadie me dijo
que estaría tan consciente
de cómo se desploman “nuestras cosas”;
de cómo se vacían de tus mares
y quedan las carcasas
de catedrales tantas sin motivo.

Y es que estas son leyendas de otro mundo.
Es el calor de un tiempo ya perdido,
de cuando fuiste el Nilo de estas venas;
de cuando fuiste, amor, mi compañera,
los pasos tras mis pasos,
mi cayado de encino,
el enclave de Amor sobre la tierra.

Y es que mis pasos van quedando mudos,
mis labios menos tibios,
los brazos menos fuertes,
las llamas menos rojas.
Mis ojos cada vez más obsidiana.

Se van quedando sin color las plumas
y es que es difícil ver que no me esperas;
que ya no soy ni sol ni beso alguno;
que no soy mago ya, que el mundo sigue
tan mundo como siempre ha sido mundo,

de tan lentos engranes
que dejan en la piel todos sus dientes.

Ha zarpado el navío
que ha de cruzar, de nuevo, el camposanto
en que descansa nuestra estrella mutua.

Y es la noche dormida envuelta en nubes.

Y es la luna alejada de mis manos.

Y es mi nombre distante de tu nombre
que retumba en las olas de una playa
que se aleja, se aleja y se ha perdido.

Atrás se queda el muelle de tu abrazo.

Atrás está la costa

que dibuja tu cuerpo;

atrás están los campos

que llenamos los dos de girasoles.

Atrás se queda el continente de oro.

Es difícil dormir sin tu perfume.

Es difícil ser hombre,

caminar de la mano

de un recuerdo de ti, descuadernado;

es difícil leer mis libros solos,

sin tu voz que haga eco,
sin tus dedos perdidos en mi barba;
sin llenarme la piel de girasoles.

No eran estos mis años.
No es éste el rostro que esperaba mío.
Alguien hurtó mi sol mientras dormía
y he despertado a un mundo

que me ha dado la espalda;
a una luz de mentira;
a un invierno glacial en primavera
o tal vez encarnarse duele un poco;
más bien es descubrirse dispensable
y al margen de otras vidas.

Es duro imaginarse ser la tinta
de este punto y aparte
y es que en todos los mares,
irremediabilmente,
desemboca el Leteo.

Huele a café la orilla del Leteo.
Huele a la tarde en que la luna llena
se asomó a donde estábamos nosotros;
huele al asiento que en la taza mía
formó el amor y dibujó tus labios.
Quiero creer que esto
es parte del fluir y no estancarse;
que siempre he sido yo profundo abismo;

que no es esta la herencia de tus flores
que ahora llueven en piedras y en ceniza.

Huele el Leteo a café del turco,
a tus manos, tus ojos, a tu nombre,
a un libro de poemas de Quintero,
a este vaciarse entero de los días.

¿Qué no es la vida, amor, también un clavo?
¿Y qué no pega, a veces,
el dedo del destino y clava un poco?
¿Qué no es vivir también doler un poco
y también el perderse,
abandonarse un tanto a cada paso?

Me hielan estos meses
de estar tan solo yo conmigo mismo;
me cansan estas pláticas de siempre,
de hablar de ti, de reventar en llanto,
de fluir tanta noche y tanto río.
Soy otro tanto de los hombres huecos.
Soy un algo desierto a cada paso
que entona rezos para piedras rotas;

que ha parido una gota del abismo
y tiene en la mirada
el fulgor de una estrella moribunda.

Escucha mi lamento
que se agita en mi vientre como Encélado;
oye mis soledades
que son manada y corren como lobos;
corren y muerden la tristeza apenas
y han dejado en su cueva
un montón de tormentas;
unas ruinas tan grandes
que no se pueden abarcar en llanto.

Te invoqué con mis flores
yo, el regresado de la primavera.
Te invoqué con mis cantos
pero fueron tan tristes
que te escondiste, que te ocultas toda.

Ya no estés cavilando
corazón en mi pecho,
quetzal acaso desplumado en guerra.

En vano anhelas las hermosas flores.

¿A qué vine a la tierra?

¿A cantar flores secas?

Tal vez la tierra vino a ser la pluma
y a cubrir de obsidiana todo el jade;
que a las flores de sol el sol evade
y el mar perdió sus pétalos de espuma.

No queda tinta ya que me presuma
ni libros ni humo en los que vivo nade;
no hay pulque que al corazón agrade;
mi pecho carga al pájaro al que inhuma.

Yo que fui monte y que los vientos rijo;
yo que fui canto y sangre derramada;
yo que fui guerra y florecí mi escudo

me he vuelto a casa un colibrí desnudo;
perdí mi guerra y flor; perdí a mi amada;
mi collar y mis plumas y me aflijo.

Traigo el humo en la cara.

Soy un espejo al lado de la gente.
No hago más que apartarme;
he venido a afligirme aquí en la tierra.
Hay angustia y cansancio
y la tinta en mi libro es la tristeza.

Mírame, y dime si no lloro ahora
con un llanto enlazado a un mayor llanto;
mírame y dime si no estoy llorando
un manantial de lodo y de salitre.
Siento en la lengua espinas de magueyes
y en los ojos enjambres de humo y chile;
de abejas que despiertan tatemadas
y me aguijonan los pulmones vivos;
los músculos despiertos;
los nervios ya desnudos de mis dedos.

Me estoy secando sin haber brotado
y es que en todos los mares,
irremediabilmente,
desemboca el Leteo.

Hoy me quiebra el dolor, y es que una estrella,

que debió ser camino hacia tus ojos,
me ha llevado a la noche más profunda;
a una noche de eclipses y evasiones;
a una noche nublada por la noche
que ruge en las entrañas de los mares.
Y es que esta estrella no apuntaba clara
ni a un pesebre, ni al sol, ni a tierra amiga;
tomé una brújula que busca el suelo
y que a cualquiera viento llama norte.

Hoy me quiebra el dolor, y es que lo veo
bestia furiosa o toro en estampida;
y es que corre tan largo por mi vida
que la paz ni conozco ni la creo.

Tanto movió mi llanto su deseo
que se ha secado ya la vieja herida;
no tiene tarda tregua ya cabida:
o venzo a mi agresor o soy trofeo.

Quise matarlo y dar esto por cierto
y al olvido pedí su mejor fragua:
una espada que llegue a la memoria.

Se volvió mi dolor un fénix de agua
y tan cierto nadé yo en mi victoria
que olvidé mi dolor; él, que está muerto.

Éste es el fénix que volvió a la vida.
Esta es la noche que me espera a diario
cuando cierro los ojos,
cuando apago la luz o el sol se esconde.
Esta es la noche en que no vuela un ave.
Esta es la noche amarga de tu huida.

Entumido, nevado, por cien años
me he arrancado la piel para quemarla
y encender una hoguera en la tiniebla.
No soy mas que una llama moribunda.
Soy silencio de piedra.
Soy el hijo que gime y ve los astros.
Soy candado sin llave
que con su columna abraza la cordura
como si ésta también a huir se fuera;
como si un broche sostuviera el cielo;
como si un mundo detuviera el mundo.

Soy apenas la sombra de lo que era.
Soy el vacío que anda en sus dos piernas
y que llueve y se va y en gritos vuelve.

Soy yo el despellejado.

¿Y en dónde estás ahora?

¿en dónde estás ahora que las calles

han perdido su brillo;

que las torres de antaño

en medio de la sombra yacen ruina?

¿Qué provocó las llagas de mis manos

si no el cuchillo que talló tus labios

en las horas desnudas de mi pecho?

¿Cuándo subió glacial tanta marea?

¿De qué sirvió correr y enamorarme?

¿De qué sirvió sobrevivir al mundo?

¿De qué si me soltaste

tan pronto yo te di todo mi fuego?

¿Cuándo eligen los cielos

qué pájaros lo cruzan?

¿Dónde acaba el amor? ¿Dónde no basta

y cuándo es suficiente ser humano?

Y los sueños que juntos anudamos

a las cuerdas del tiempo y del espacio,

¿qué son, sino unos huesos blanquecinos
que forman mis cadenas?

Cada eslabón da mármol a mis días.
He perdido la mirra, incienso y oro.
Y así como se quiebra un tren entero
se descarrila el llanto;
se me ha helado el dolor de verte huyendo
cruzando el arcoíris
con tus plantas de fuego;
cruzando el horizonte
un sol de sombra y hielo.
Ya no me quedan fuerzas.
Ya no encuentro consuelo
que perfore esta sombra,
este olvido tremendo,
esta voz de las piedras
que nace siendo un eco.
Y es que en todos los mares,
y en el mar que va dentro,
irremediabilmente,
desemboca el Leteo.

Estoy cansado de pensar y oírme.
Estoy cansado de los días lentos,
de esperar la marea
que me lleve mejor y más me empuje;
que me traiga otra arena,
otra playa, otro mar, otras costumbres;
que me aleje de ti, te aparte un mundo;
que se lleve tus olas en sus olas.

Caí de pronto en cuenta
de que pesan los brazos y las piernas
heridos ya de soportar la vida;
sin avisar también duelen los hombros;
reniegan de ser Atlas;
de cargar tanta tela y poca ropa.

Déjame triste a solas.
Déjame solo con mi mente sólo,
que para estar conmigo
me basta el pensamiento;
me basta y sobra que no salgas nunca
y me sobra saber cómo es que besas
tan parecida al mar y al viento bueno;
tan parecida a una canción de cuna;

a una batalla entre la sal y el agua
que se eleva hasta el cielo
y resquebraja las auroras todas.

A través de las grietas de la luna
se alcanza a ver la nada,
la locura primaria,
el destello primero de la muerte.
Llega después el dolor de ser un hombre;
de haber amado y recordarlo todo.
Llegan las horas de cuidar las sombras;
de añorar los momentos que se fueron
y hacer correr tras ellos llanto en ríos.
Mírame y dime si no lloro ahora
que la muerte, la muerte que es de veras,
se mete por mis córneas
y me fragua en la forja del oído
tu voz siempre sonriente;
tu boca siempre risa y siempre beso
y ahora siempre daga;
ahora ríes con un filo acero.

Olvidar, olvidarte y olvidarnos,
como si fueran actos instantáneos.

Como si en vez de esta erosión que cargo
se hablara de doblar la esquina a ciegas.

Se me astillan de tanto mar los ojos.
Se me astillan de tanto amar los ojos.

Estoy como clavado boca arriba
obligado a mirar nuestras estrellas

y es que tu ausencia puede herir el hierro
y lastimar el puerto más seguro.
El puerto más seguro es el olvido
donde lloran los dedos;
donde muerden los hielos la memoria.

Tu aroma, tan vino del desierto,
de niña que recoge flor naranja,
es también el amor que no te hice.
Es este fracasar en ser un hombre;
en quedarme dormido
frente a las olas vivas de tu fuente.

Y no sirve de nada
morir de pie, curar al sol herido
o que riegue la tierra el cielo en llanto.

No. No sirve de nada.

De nada sirve arar el polvo seco.

De nada sirve recordar tu nombre

que es nombre del abismo y no amuleto;
tu nombre que es sinónimo de olvido,
que se emparenta con fantasma y sombra
¿Y a qué viene esta sal y a qué estas canas?
¿Y a qué tanto tu aroma en esta sombra?

Esto que soy ahora, esto perdido,
estas manos que son y no son mías,
esta piel de madera y tacto duro;
esta lengua de arcilla mal horneada;
este ayer que dio nombre a las estrellas.
y estos ojos de tanto ser profeta,
¿De qué sirven? ¿En qué me han convertido?
¿Qué sombra soy, ajena entre las sombras?

Mírame ahora que la sal resbala
y dime si no es llanto;
dime qué es, que irriga de amargura
la tierra de los granos de este pueblo
que te alaba por sol, hogar y Nilo.

¿Y cómo es que de tanto te has secado?
¿Y cómo no te quiebra tanta muerte?

¿Cómo es que aún tu mano tiene filo
y temple tiene para ser espanto?
¿Tan poca es tu piedad que no hay un manto
que de, bajo la luna, tierno asilo?

¿Tanto cambiaste al agua el mismo estilo
que su cauce recuerda sólo el llanto?

¿Fue tanta tu pasión, tu enojo tanto,
que desviaste de noche el río Nilo?

¿Tanto te iba en secarme la cosecha?
¿Íbate tanto en deshacerte de ella
y el Egipto y su arena abrir en brecha?

Perdí mi fe, mi tierra y agua bella;
Nilo y amor perdí en la misma fecha
y, por mirar el cielo, las estrellas.

Y es que en todos los mares,
irremediablemente,
desemboca el Leteo.

Hoy me quiebra el dolor, y es que tu nombre,
tu nombre —tempestad—, tus claros ojos,
se han estancado al fondo de los mares
donde nada el recuerdo de tus labios.

Estoy a un día de quedar fantasma.

Mis espectros se agitan y amontonan

la herrumbre entre sus manos.

Estamos encerrados en mi mente.

Estamos condenados

a volver cada noche al astillero;

a tus últimos días a mi lado;

a mi sonrisa de regreso pronto,

este viaje se acaba en unos días,
sin tragedia ni escalas.
Sin romperme. Sin víctimas. Sin muertos.

¿Qué no bastó con perseguir sirenas?

¿No te bastó extraviarme entre tus ojos,
anochece temprano y darle muerte
a las horas más bellas de mi vida?

¿Qué no era ya bastante
sentir la tempestad aquí en el pecho
o perseguir la nube menos clara?

¿No te bastó el abismo?
¿No te bastó dejarme sin tus sueños
que pronto te bebiste, litro a litro,
el combustible de mi estrella al norte?

¿Y qué hago aquí, con mi quinqué vacío
y cansado de arder tantas estrellas?

¿Qué hago aquí, si el amor que te debía
naufragó en el mar de la tristeza
sin apagar sus luces?

Ya no hay dolor que no me agite en olas.

No hay peso ya que aplome mi tristeza.

No hay sol que pueda abrirme

la noche de los nervios.

Y tanto amor no puede desamarse.

No es posible "tan sólo" desrromperse.

No pueden desmorirse tantos sueños.

Anclado a un mar de hielo
se queja el Prometeo encadenado.
Suspira y ve crecer el mar en guerra
y siente las entrañas de la vida
ser devoradas por un buitre de agua.
Abandonado entre las olas tristes,
duelen las horas como clavos de agua;
como estacas de mar que el casco astillan.

Y así como se oxidan los metales
y el musgo y la humedad dañan los robles,
así, amor, se van erosionando
los amarres de mi alma;
los mástiles que dieron a este barco
las velas de su vida.

Mis calderas exhaustas
ya sin carbón o ritmo,
han quedado silencio.
Aquí me quedo. Aquí me voy a pique.
Hasta aquí nos llegó el amor eterno.

Y al alma cae tu nombre en estampida
y me siento dormir, dormir sin sueño;
se me acaban las ganas y el empeño;
veo acercarse las horas de mi huida.

Mira que yo no tengo ya cabida
en este cielo que cambió de dueño;
mira que apenas tengo alguno leño
al que aferrar la carga de mi vida.

Mira que tengo al frente la tormenta;
que no hay estrella que me advierta asedio;
que estoy sitiado sin poder deirme.

Y es que este barco sobre el mar revienta
y yo corro y lo clavo y no hay remedio
mas que hundirme sin ver la tierra firme.

Ya será en la que sigue.

Ya será bajo mil otras estrellas.

Será otro tiempo el que nos cuente juntos,
que nos cuente felices;
otras nubes serán las que nos lluevan
y otra tarde dará luz a otra noche
que parirá otro sol en otro mundo;
por otras calles llevaré tu nombre
que tendrá otros labios y otros besos

y otras cien veces te diré que te amo
como amaré otra vez el cielo oscuro
y el valle y el desierto;
como otra vez habré de amar los mares
y otra vez un templo habrá en mi nombre
y habré de reescribir todos los versos
que me trajo asombrado el sol de mayo,
y los días noches, y las noches días,
habrán de acrecentar el cielo claro.
Descubrirá de nuevo el mundo entero,
a través de nosotros,
que es el amor quien salvará a los hombres.
Y todo habrá de ser en otro tiempo
en que sienta las manos;
donde no se me caigan una a una
las máscaras de jade;
donde la piel no se desgarre entera
con el menor recuerdo de tu vida,
de tu piel más profunda;
donde no sepa nada de este río;
de la sal que amontona y es arena;
que desemboca, irremediablemente,
en los mares del mundo.

La arena del Leteo es sal de llanto,
de no querer perder y de aferrarse;
lleva el Leteo un margen de recuerdos.
Lleva un montón de heridas.
Lleva un montón de sueños
y un montón de esos sueños que se han ido.

Hoy te vas y hoy descanso.
Hoy te vas a otros mares
más allá del Leteo.

Te vas. Te vas de veras. Ya soy libre
y quedo de rodillas en el río.

El olvido resbala en mi garganta.

¿Qué más me vas a dar sino la muerte?
¿O es que es piedad soltar mis horas tristes?

Deja mis manos, cuyos dedos vistes
de gloria tan contraria y dura suerte;

deja mi voz, de acento antaño fuerte;
deja ese canto con el que me embistes;

mis sueños deja en paz, no los conquistes,
que apenas va sanando el ya no verte.

Mátame ya, que ya no queda nada;
hunde este barco que no tiene puerto;
rompe mis velas en tu granizada.

¿A qué me tienes en tu mar incierto?
¿A qué tanto dolor, tanta estocada?
¿A qué matarme más si ya estoy muerto?